MIGUEL HERNÁNDEZ. EL POETA EN BUSCA DE LO ABSOLUTO

Por
MARIE CHEVALLIER

Ábreme, amor la puerta
de la llaga perfecta...

En los primeros poemas, notablemente en *Silbos*, encontramos acentos de oración jaculatoria que expresan un anhelo de amor absoluto. Fe ardiente de cristiano.

La insuficiencia del alma humana para coincidir perfectamente con tal anhelo místico originará un querer romper las «ligaduras» corporales:

Abre para que sean
fuentes puras mis venas.

(*Silbo de las ligaduras*)

Anhelo de amor absoluto. Forma exclamativa apasionada.

Con los sonetos de amor, la índole de la pena hernandiana, tan excesiva y desaforada se nos presenta como la semblanza del amor mismo en su modalidad masculina. Una desesperación infinita y hasta tentaciones suicidas se apoderan del poeta al descubrir la imposible perfección de un amor humano que el poeta quisiera en absoluta coincidencia de amada a amado. Exige de su compañera igual abandono, sin contemplaciones: amor total a la manera mística. Fusión perfecta absoluta de los cuerpos.

La violencia del instinto sexual, expresión del amor, cumple otro proceso de fusión con la totalidad. No termina en el encuentro físico del hombre y de la mujer la expresión de su amor. Los poemas *Mi sangre es un camino* y *Sino sangriento* lo aclaran perfectamente:

Necesito extender este imperioso reino,
prolongar a mis padres hasta la eternidad
y tiendo hacia ti un puente de arqueados corazones
que ya se corrompieron y que aún laten.

Desde «la sementera de la nada» hasta la comunión humana es un destino de vida y muerte superado por el amor, con la unión fecunda de los cuerpos se cumple un absoluto concreto: la vida prolongada en su existir histórico hasta la eternidad.

Donde, antes, la unión mística exigía el castigo, la desaparición de la carne, la muerte y la nada, la unión de amor humano sacraliza plenamente vida, deseo, carne, carne de barro, el florecer antes del morir.

Vecino de la muerte: el amante entrega sus huesos a la tierra para fertilizarla y cumplir con una misión vital trascendente:

¿No cumplirá mi sangre su misión: ser estiércol?

De *El rayo que no cesa* (en francés diría *Foudroye' sans répit*) dimana un sentimiento de irremediable soledad que permanecerá a lo largo de toda la obra hernandiana. Creerá el poeta haberlo vencido para más cruelmente caer bajo su poderío. Una alusión a la índole de esta pena la encontraremos en un poema de la guerra, *Llamo a los poetas:*

Con ellos me he sentido más arraigado y hondo,
y además menos solo. Ya vosotros sabéis
lo solo que yo soy, porque soy yo tan solo.
Andando voy, tan solos yo y mi sombra.

Subrayemos lo siguiente: el ser humano, la amada, el hermano, «el pueblo» sustituyen a Dios. Tenemos que pasar rápidamente volando por textos complejos y atenernos a esbozar lo esencial.

Ramón Sijé. Pablo Neruda. Las amistades contradictorias, rayando en incompatibilidad duelen. Aquí también, a altura humana de amistad herida vacila una como ilusión de lo absoluto.

El cuchillazo de la muerte de Sijé en este contexto arranca del alma del poeta un puro grito de dolor, la célebre *Elegía*. Poema a un amigo muerto, es decir fuera del alcance de peleas y polémicas. Cada vez más, lo absoluto se parece a lo imposible y se relaciona con la muerte.

Volverás al arrullo de las rejas...
Alegrarás la sombra de mis cejas...

La *Oda* a Pablo Neruda (1935) exalta la perfecta fusión total, materia mortal-voz incallable, se desborda en jubilación al calor de un sentimiento de amistad perfecta.

La *Oda* a Vicente Aleixandre plantea problemas más sutiles que no tenemos tiempo de esbozar aquí (rivalidad), tierra-mar/agua-barro/sangre-agua, imágenes probablemente arquetípicas de eternidad).

El deseo de fusión total anhelada, a veces anticipada, impone para expresarse un *complejo metafórico* tan poderoso y de tal hondura y riqueza que originará lo que llamamos en nuestros estudios hernandianos anteriores (hace veinte años) *la agricultura de la muerte*. No podemos entrar aquí en análisis más detallado de los textos del que dan cuenta los libros publicados.

Quien se sustrae a la corriente vital de la sangre introduce muerte fea, acelerada, estéril: *la pena,* la *pena* hernandiana.

Muy naturalmente se deduce de esta comprensión una agregación cordial –una fusión– a un grupo humano predilecto, los amigos poetas en Madrid. El compromiso político tan apasionadamente vivido por Miguel Hernández le corresponde. Toda la sangre enamorada del poeta lo llevará en una misma racha (*de Viento del pueblo*) a fundirse cordialmente, irresistiblemente en la entidad fraterna.

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Una coherencia se impone. El empuje de la poesía de propaganda y de guerra se revela en esta continuidad de una exigencia de comunión.

Madre España, por ejemplo, es un poema donde rebosa la afectividad del sentimiento patriótico:

Abrazado a tu vientre ¿Quién me la quitaría?
... abrazado a tu vientre que es mi perpetua casa...

La urgencia de las obligaciones concretas del Comisario de Cultura en los frentes explica los excesos donde se extravía la poesía en lamentables flojedades:

... estos varones
hacen retroceder a los cañones
acobardados, temerosos, mudos.

(*Recoged esta voz*)

Mejor tarea tenemos que cumplir que la que consistiera en subrayar demasiado tales tópicos, mucho mejor.

La meditación de Miguel Hernández cobra madurez en unos poemas de nobleza y hondura insignes. Por sí sólo un poema como *El hambre* resume la más auténtica filosofía humanista:

El hambre es el primero de los conocimientos:
tener hambre es la cosa primera que se aprende
y la ferocidad de nuestros sentimientos
allá donde el estómago se origina, se enciende.

Parece que el poeta despide toda aspiración místico-mítica en un punto muy alto de la conciencia reflexiva individual aislada de cara a la realidad última de lo que ocurre.

Yo no tengo en el alma tanto tigre admitido,
tanto chacal prohijado que el vino que me toca,
el pan, el día, el hambre no tenga compartido
con otras hambres puestas noblemente en la boca.

Ayudadme a ser hombre: no me dejéis ser fiera...

De la literatura universal emergen algunas cumbres. De España sobresale este capítulo del Quijote donde enuncia el héroe, a intención de Sancho Panza, preceptos para el gobierno de la Ínsula Barataria. Tengo la debilidad –si es debilidad– de pensar que un poema como *El hambre* se alza a comparable nivel de conciencia moral, de reflexión y generosidad. A comparable altura literaria. Delante de tal clase de sabiduría posiblemente pierda sentido la noción de lo absoluto.

Llamo a los poetas, poema íntimo, parece, a su manera también, abrir un paréntesis de meditación, como un descanso en la acción guerrera, una tertulia fraterna convocada, como vivida entre hombres amigos, tan hermanos por ser poetas sensibles «como la misma sal». Tal armonía compartida la ofrece la vida inmediata en el más sencillo acontecer, diríamos, gratuito.

Perfecta antítesis de tal armonía interior cae como un hachazo el poema desgarrador y lacónico con el que empieza *El hombre acecha*, revelando el abismo espantoso de la contradicción hombre-fiera, el gran descubrimiento de la guerra.

Vencido, desorientado, clamar el poeta en *Canción última:*

Dejadme la esperanza

En la sacudida mortal se cumplió un destino. ¿Qué podrá quedar, entre ruinas, de los anhelos de amor y amistad universal perfecta? ¿Del ensueño: Os doy la humanidad que mi canción presiente?

Todos los poemas que quedan por escribir espresarán la reflexión sobre este destino. Examen de conciencia sobre *bien* y *mal*, odio y amor, trascendencia o monstruosidad de lo humano.

La plenitud lograda del amor personal resplandece ahora, cuando hundió la guerra el alma ingenua de Miguel, sedienta de absoluto, en lo que pudorosamente llama, en un eufemismo, «un gran desamparo»:

Ni salieron jamás
del verjel del abrazo
y ante el rojo rosal
de los besos rodaron.

El amor, o absoluto resplandeciente logrado indestructible:

Recorrieron naufragios
cada vez más profundos
en sus cuerpos, sus brazos...
Perseguidos hundidos
por un gran desamparo...
...aventados se vieron:
pero siempre abrazados.

(*No salieron jamás*)

Este poema se presenta como una versión primera de *Vals de los enamorados y unidos para siempre* (1939). Bajo la forma caprichosa –un vals–; ¡cuánto dolor! y cuanta la victoria personal más concreta sobre la desgracia más total. La salvación absoluta frente a la muerte.

El poeta había vivido ya el hundimiento íntimo cuando se le murió el hijo. *Todo era azul delante de aquellos ojos:*

La claridad brotaba de su directo roce,
pero los devoraron. Y están brotando ahora
penumbras como el pardo rubor de la agonía

Vida y muerte invierten sus perspectivas como para confundirse mejor. Una monstruosidad anónima (*se los devoran*), engendró éste *hoy soy feliz.*

Se los devoran. ¿Sabes? Hoy soy feliz. No hay goce como sentir aquella mirada inundadora... *Penumbras* atenuan *tinieblas. El pardo rubor de la agonía* parece anunciar una resurrección misteriosa y evidente de la carne en todo su esplendor corporal (muy diferente de la resurrección cristiana al final de los tiempos).

Extraordinario poema –luto y euforia– también, donde en la muerte del hijo culmina un proceso frutal, muerte fecunda, coloreada con los más vivos colores de la vida:

Uvas, granadas, dátiles,
doradas, rojas, rojos,
hierbabuena del alma
azafrán de los poros.

Uvas como tu frente,
uvas como tus ojos.
Granadas con la herida
de tu florido asombro.
Dátiles con la esbelta
ternura sin retorno.

Azafrán, hierbabuena
llueves a grandes chorros
sobre la mesa pobre,
gastada del otoño,
muerto que te derramas,
muerto que yo conozco,
muerto frutal caído
con octubre en los hombros.

Absoluto contemplado, ya luminoso, ya monstruoso.

A esta monstruosidad anónima (*se los devoran*) se suma un poder absoluto de exterminio universal, ejercido por los hombres que Miguel Hernández, hace poco, llamó con fervor «hermanos»:

...Ya sabes que las vidas de los demás son losas
con que tapiarte...

El abandono del hombre en esta oscuridad (en francés diríamos *déréliction*) sólo puede clamar *la sepultura de la imaginación:* absoluto derrumbado de *Vientos del pueblo:*

Aquel hombre labraba su cárcel. Y en su obra
fueron precipitados él y el viento

Vuelo derrumbado, al poeta no le «dejaron *la esperanza*».

Ya sabes que las vidas de los demás son losas
con que tapiarte: cárceles con que tragar la tuya.
Pasa, vida, entre cuerpos, entre rejas hermosas.
A través de las rejas, libre, la sangre afluya.

¡Qué verso más tremendo el último citado aquí! En esta sangre sin cauce se viene abajo, notado de caducidad, todo mito personal de agricultura de la muerte.

Perdió *el camino*, se extravió la sangre, el amor cumplió labor de muerte.

En tanta tiniebla relampaguean otros textos, perfecta antítesis de los que acabamos de citar. Convicciones opuestas, olas de desgracia, perturbación del universo y clara certidumbre única, *yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío.*

No hay más luz que tu cuerpo, no hay más sol, todo ocaso.
Claridad sin posible declinar...

Así se cumple la más pura aspiración a lo absoluto, «fulgor que no cede ni abandona la cumbre».

Imposible síntesis, pues, de tan tremendas contradicciones. El espíritu del poeta parece flotar de una ola a una racha en un ir y venir sin puerto, y el «gran desamparo» será esta disolución de la trascendencia que Miguel Hernández quiso dar a su pensamiento y a sus conductas.

Lo irreductible absurdo, el misterio sin posible aclaración, el del bien y del mal, aplastan el alma de Miguel Hernández. Nos pararemos a analizar cuatro poemas de *Cancionero y romancero de ausencias* que restituyen la meditación del poeta encarcelado. Trataremos de detectar su coherencia. Son *Guerra (*92), *El último rincón* (94). *Después del amor* (97), *Antes del odio* (98).

GUERRA

Alarga la llama el odio
y el clamor cierra las puertas.
Voces como lanzas vibran,

voces como bayonetas.
Bocas como puños vienen,
puños como cascos llegan.
Pechos como muros roncos
piernas como patas recias.
El corazón se revuelve
se atorbellina, revienta...
Ansias de matar invaden
el fondo de las azucenas...

...Un fantasma de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias: una
grave ficción de fronteras...
Relinchos. Retumbos. Truenos.
Salivazos. Besos. Ruedas.
Espuelas. Espadas locas
abren una herida inmensa.
Después el silencio mudo...
El silencio. Y el laurel
en un rincón de osamentas.

«Relinchos», en un absurdo animalizarse el hombre. Ningún intento de hacerse inocente personalmente en sus opciones ideológicas y acciones en la guerra.

El último rincón / y el primero. «Callejón sin salida» donde florece la vida, el sexo de la esposa.

Allí quisiera tenderme
para desenamorarme.
Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, *nadie*.

La opacidad de la muerte parece sugerir –por lo menos ofrecemos tal lectura– *la ausencia de Dios. Nadie*. En la tierra todo termina. En otro texto leemos:

Mañana no seré yo,
otro será el verdadero
y no seré más allá
de quien quiera su recuerdo.

Lo que, a las claras corrobora nuestra interpretación: la profesión de fe materialista en un llamar a la muerte como curandera del dolor, a la muerte alivio. La salvación que le quitaría a la vida del individuo su carácter de mera anécdota vana: el amor humano.

Muy movedizos resultan esta intuición o este pensamiento. He aquí ahora el poema simétrico y antitético. *Después del amor:*

No pudimos ser.
La tierra no pudo tanto...
Y un día triste entre todos,
triste por toda la tierra,
triste desde mí hasta el lobo,
dormimos y levantamos
con un tigre entre los ojos...

...Cuerpos como un mar voraz,
entrechocando, furioso.
Solitariamente atados
por el amor, por el odio.

Por las venas surgen hombres,
cruzan las ciudades sordos.

...Sólo una voz a lo lejos,
siempre a lo lejos la oigo...
sólo una voz me arrebata
este armazón espinoso
de vello retrocedido
y erizado que me pongo

«Miguel, me acuerdo de ti
después del sol y del polvo
antes de la misma luna
tumba de un sueño amoroso»

Amor aleja mi ser
de sus primeros escombros
y edificándome dicta
una verdad como un soplo.
Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, *todo.*

Estamos lejos con este final del arranque de la sangre ciega que embiste al hombre de enfrente.

Por sí sola una persona no puede torcer el camino de su sangre de fiera que la impulsa hacia un destino de muerte mala. Quebranta esta fatalidad «una voz» desde muy lejos. Notemos que se trata de una voz *exterior* y *débil* (todo lo contrario de la sangre, interior y poderosamente violenta). Voz exterior pues, a la humanidad que «busca la muerte por las manos».

Creo que tenemos aquí un texto esencial. *Miguel* desde tan lejos. «Amor, alumbra mi ser»: la suplicación, este vocativo, *Amor*, son formas de la oración. Encontramos ya este ardiente vocativo en *El silbo de la llaga perfecta.* ¿Demostraría este resurgir formal que probablemente, en el último debate, nunca concluido, nunca cerrado por alguna certidumbre apaciguadora, la esperanza cristiana pudo renacer con la total arbitrariedad de toda fe?

El desesperado *Después de la tierra, nadie* se vuelve *Después de la tierra, todo.*

La fórmula lapidaria y misteriosa ¿confirmaría con una esperanza lo que podemos sentir, acaso, como un retorno, desde *lo lejos*, precisamente, de la fe juvenil? Este *todo.* ¿Qué totalidad o eternidad quiere designarnos? No la del amor humano como única redención cuando el poeta acaba de escribir:

Porque el amor no es perpetuo
en nadie, ni en mí tampoco.

El poema *Antes del odio* inclina en la proclamación más rotunda de un absoluto salvador de perspectiva tan sólo humana. No podemos indagar más lejos de lo que nos proporcionan los textos.

Amor, tu bóveda arriba
y yo abajo, siempre, amor,
sin otra luz que estas ansias,
sin otra iluminación...

El amor al que se dirige tal invocación podría ser del hombre, pero del hombre a la manera de Dios sin que lo sepamos demasiado, pero constituye un absoluto redentor. Proclamará el poeta encarcelado esta redención:

Porque dentro de la triste
guirnalda del eslabón,
del sabor a carcelero
constante y a paredón
y a precipicio en acecho
alto, alegre, libre soy.
Alto, alegre, libre, libre,
sólo por amor.

La libertad del encarcelado por amor: radiante, absoluta.

Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior...

Otro poema importante, *Eterna sombra,* podría ser analizado en idéntico sentido. La eterna sombra se transfigura en eterna luz por la fuerza del amor (de una *sonrisa*, de *una voz*).

¿Nuestra conclusión? Muy dubitativa quedará. Por la fuerza del amor, el poeta hace surgir de la tiniebla, luz. La metáfora implica, esperamos haberlo dado a sentir al auditorio, un sentimiento metafísico cuyo último secreto Miguel Hernández se llevó a la tierra con sus huesos. Probablemente –no podemos decir más– el cristianismo dormido pudo haber despertado, no sabemos hasta qué punto, durante la meditación carcelaria del poeta.